

EL LABERINTO Y EL HILO

*Un piano, símbolo
de la crisis*

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Una persona le ha pedido al cronista que se ocupe de algo que, no obstante su aparente insignificancia en comparación con el enorme volumen de problemas que afectan a la nación, es síntoma de la crisis integral que experimenta el país. Este amigo es aficionado a la música —no un musicólogo, un melómano, un especialista, sino simplemente un auditor de buenos programas, un hombre de buen gusto musical— y últimamente acudió a un concierto de la Sociedad Filarmónica, en la sala Entre Nous, en el que una ejecutante de violín fue acompañada, como es frecuente, por una pianista. Dejemos aparte en la historia la calidad y los méritos de estas artistas, pues no se trata aquí de crítica a su actuación, que fue excelente. El asunto radica en el piano que tuvo que emplear la acompañante de dicha concertista, cuya deficiencia sonora empañó, según aquel informante, la belleza de la interpretación y la eficacia estética plena de la audición. El amigo aludido inquirió luego entre otros oyentes el porqué de tal falla del medio indispensable para una normal sesión de música. Como es lógico, se trata de un problema económico que la Sociedad Filarmónica —cuya lucha por fomentar la afición es excepcional y que por su voluntad de hacer, pese a todas las penurias, merece todo encomio— no está capacitada para resolver. Hace falta, desde hace mucho tiempo, un piano. Se dice fácilmente, parece poca cosa: un piano.

Un piano de conciertos cuesta aproximadamente, soles más, soles menos, lo que un automóvil de lujo. Si se lo libera de impuestos, como tantos automóviles de lujo, su precio se reduce enormemente. El amigo que al cronista informara acerca de la situación que es comentada aquí, se preguntaba justamente cómo era posible que no hubiera quién o quiénes obsequiaran a la Sociedad Filarmónica un instrumento nuevo y de calidad, como expresión de amor a la cultura, pero el interrogante que se abre es más amplio aún y rebasa el marco de nuestra carencia de mecenazgos e individuales generosidades. Es increíble que el Estado —a través de sus órganos de cultura, que alguien peregrinamente quiso convertir en inoperante Ministerio— no repare en estos casos que son flagrantes defectos culturales, de cuya responsabilidad no puede culparse a los empeñosos promotores institucionales y menos todavía a los artistas. Claro que la rutina burocrática abrumba a los funcionarios bajo los ingentes papeleos y, a la postre, los distrae de la misión fundamental para la que ocupan el cargo oficial: su trabajo se reduce entonces al tejemaneje oficinesco, de cuya esterilidad huelga hacer comentarios.

El caso de este piano parece insignificante, pero puede proponerse como un símbolo del "desarme cultural" de nuestro país con respecto a sus vecinos. Desequilibrio éste no del talento, sino de los medios de expresión, del estímulo que requiere la labor intelectual y artística, de la difusión que es indispensable para la obra creadora, de la economía con que la gente del arte y el saber deben sobrevivir y realizar su tarea. Sobre tal situación de inferioridad no ponen los ojos los políticos de esta hora, para los cuales la crisis nacional es un simple problema contable.